

Más fácil de lo que pensaba

Nina Melero

Arminda, como todo el mundo, había tenido más de siete vidas. Entre otras cosas, había sido guitarra, copa de jerez, un pincel y una culebrilla negra y rabisalsera con bastante mala intención. Por un momento se preguntó cuál de esas antiguas experiencias podría ayudarla a salvarse ahora, que se encontraba atada de pies y manos en la parte de atrás de una furgoneta desconocida.

Al volante estaba un amigo de su padre, que llevaba meses soñando con las carnes menudas y prietas de la gitana. Hoy, por fin, el hombre había conseguido engañarla y robarla de su casa. Después, simplemente la llevó lejos y le hundió la cara a puñetazos hasta dejarle claro lo que quería de ella.

Mientras sucedía, Arminda supo que estaba muriendo. Al principio luchó con todas sus fuerzas; pero poco a poco el miedo, la vergüenza y la rabia acabaron estrangulando lo que ella era, apagando la candelita que llevaba dentro. A medida que él la rompía, la chica empezó a sentir una ira sin fuerza, un odio triste contra su propio cuerpo: por ser algo que otros deseaban, por ser demasiado débil para protegerse.

Cuando terminó, el hombre la ató y la lanzó de nuevo en la parte de atrás. Arminda sabía que lo siguiente que haría sería librarse de ella; sin embargo, no le importaba. Ya no era capaz de sentir nada.

En un momento determinado, la furgoneta se detuvo. Primero, el hombre la sacó a rastras por el pelo; a continuación le golpeó la cabeza una y otra vez contra el borde de piedra del camino hasta que se le deshizo en la mano. Lo último que hizo fue desatarla y arrojar su cuerpo en una acequia abandonada donde seguro nadie iría a meter las narices.

Había sido mucho más fácil de lo que pensaba. Se sentó de nuevo al volante y sacó un botellín de cerveza de la guantera. Como suponía, estaba caliente. Deberían fabricar guanteras con un refrigerador incorporado, así no sucederían estas cosas; pensó, indignado. Una vez en la carretera principal, notó que le había entrado una abeja en la cabina. Abrió las ventanas en un intento por librarse del

molesto zumbido, pero el insecto insistía en merodear su cara amenazadoramente. Al hacer un aspaviento con la mano para intentar zafarse, la furgoneta dio un bandazo y se empotró contra un poste.

Tras unos instantes el hombre volvió en sí. Se sentía confuso y algo magullado, pero por lo demás estaba bien. El cristal estaba destrozado. La abeja seguía allí.

Sangrando y maldiciendo, alzó el puño para destruirla; pero el insecto se le metió inesperadamente por la boca. Notó un cosquilleo peludo en la lengua; y, de pronto, un dolor agudo que le paralizaba la garganta. Tosió, escupió, pataleó. Al final la hinchazón le cerró la tráquea, interrumpiendo su respiración. En menos de cinco minutos todo había terminado. La cabeza inerte se le volcó fuera de la ventanilla, dando a la furgoneta un aspecto curioso.

Había sido mucho más fácil de lo que pensaba. Al perder el aguijón, como todas las abejas, Arminda murió inmediatamente; pero pensó que había merecido la pena. Cuando quiso darse cuenta, ya era una gota de agua que se escurría entre los labios del hombre y se hundía en la tierra para descansar.